

A las diez el carruaje se detuvo delante de la estación de Vichy.

La plaza estaba llena de ómnibus y de viajeros que se iban ó que venían. Aquello era un tumulto ensordecedor.

La estación de baños estaba en toda su fuerza.

Aurora se dirigió á la ventanilla del despacho de billetes y pidió con voz sonora:

—Tres billetes de tercera clase para París.

Cuando el tren se puso en marcha, la joven que se hallaba asomada á la ventanilla vió á Bernardo Chavarux que la sonrió irónicamente. Y en el movimiento de sus labios, en el brillo de sus ojos, estando demasiado lejos para oír sus palabras, comprendió que la hacia esta amenaza que ya había oído otra vez.

—¡Nos volveremos á ver!

## X

### Vivienda de sabios

No era ni una guardilla ni un desván.

Estaba situada en todo lo alto de una casa de la calle de San Andrés de las Artes, en el centro de esas viejas construcciones que la piqueta de los demolidores ha respetado hasta hoy y que comprende las calles de Git-le-Coeur, Serpente des Grand-Augustins y Hautefeuille, un rincón de París que desaparece donde crece la hierba en las calles y toda clase de microbios y de insectos incómodos en las paredes.

La casa presentaba un aspecto repugnante; la escalera llena de polvo, en los días de sol,

como un camino de la Champagne, estaba llena de lodo cuando llovía, como un pantano de la Sologne.

La habitación de la portera, una mujer de sesenta años cuya vida había sido agitada viuda de un comisionista llamado Raposo y que contestaba al nombre de la Raposa, apodo que los vecinos la habían dado, tanto por los perfumes poco delicados que salían de su tabuco, como por el apellido de su difunto esposo, parecía un antro de brujas, y la portera, antigua griseta del barrio Latino, parecía una echadora de cartas desacreditada y que conserva pretensiones de elegante.

Sin embargo, el exterior de aquella casa, cuya construcción, como la de las que á ella estaban unidas, se remontaba á varios siglos, tenía algo con que halagar la vista de los aficionados á lo raro y lo antiguo.

Como dicen los anticuarios, «era de la época».

¿De qué época?

Los tejados eran puntiagudos, las armazones habían cedido y se inclinaban; nada estaba á plomo; en el interior era preciso calzar los muebles; los frontis de piedra estaban agrietadas; pero de todos modos, se veía que debía haber servido de vivienda á burgueses ricos.

Tenía cuadras para los caballos de tiro y para los de silla y cocheras para los carruajes de gala y de diario.

Las primeras se habían convertido en depósito de las carretillas ó carros de mano de un alquilador, y en las segundas se amontonaban las botellas y barriles de un tonelero que salía á comprarlas por las mañanas, gritando por las calles de París con voz de bajo:

—¡Toneles!... ¿Quién vende toneles?

A derecha é izquierda de la puerta de entrada había dos tiendas, en una de ellas vivía un zapatero de viejo y en la otra una verdulera.

A pesar de esta apariencia de ruina; decadencia de un hotel que había tenido con seguridad sus días de esplendor, el visitante que la hubiera recorrido toda hubiera recibido más de una sorpresa.

Algunas habitaciones conservaban todavía restos de lujo, artesonados antiguos, que conservaban una forma graciosa, á despecho del estuco que las embadurnaba, y los pisos habían resistido al uso y al paso de las generaciones pasadas.

El día 16 de marzo de 1889, á cosa de las diez de la mañana, un coche particular, tirado por un excelente caballo bayo y guiado por un cochero de buena presencia, con librea marrón con botones de oro y un sombrero irreprochable, se paró á la puerta de esta casa.

El viento era muy vivo; un frío glacial se hacía sentir desde hacía algunos días, pero ni llovía ni nevaba.

Helaba.

París, en días así, está horrible; el fango seco despide malos olores; el humo de la hulla, amarillento y nauseabundo, se rebate en las calles estrechas y las inunda de trozos de hollín negro y grasiento que mancha cuanto toca.

Un joven, envuelto en un gabán forrado de pieles, cuyo cuello levantado medio le ocultaba la cara, bajó del coche y entró en la casa, inclinándose al pasar delante de la portería, y

subió de prisa los tres tramos de la escalera de piedra que conducían á lo alto.

Cuando llegó al último piso se detuvo en un descanso bastante ancho, delante de una puerta en la que había una plancha de cobre con este nombre:

*GRÜNBACH HERMANOS.*

Llamó y esperó.

La puerta se abrió al cabo de un minuto.

Entonces el hombre del gabán se encontró en presencia de un extraño personaje.

Era un anciano muy bajito, de cara larga y huesuda, que parecía más larga todavía á causa de su barba puntiaguda y gris, de cabellos blancos, de un tono amarillento, que caían sobre el cuello de una chaqueta raída, quemada en varios sitios, á pesar de la protección de una arpillera que llevaba á guisa de delantal con bolsillos como, el de un jardinero en el ejercicio de sus funciones.

Al ver al joven, su cara huesuda y arrugada se animó.

—Entrad—dijo con amistosa sonrisa.

Y en seguida cerró la puerta con cuidado y corrió el cerrojo.

Ya lo hemos dicho: la habitación en que entraron no era una buhardilla, ni un desván, pero participaba de lo uno y de lo otro, de buhardilla por la forma y de desván por las dimensiones.

De los dos Grünbach, el que había abierto la puerta era el mayor, Miguel Grünbach, el célebre químico, autor de infinidad de invenciones extraordinarias; el otro, sentado en el

fondo de la habitación que le servía de taller, no se movió de su asiento á la llegada del hombre del gabán de pieles.

Se limitó á volver la cabeza hacia la puerta, diciendo:

— ¡Ah! ¿Sois vos, Saint Aubin? Buenos días, querido.

En el tono del menor de los Grünbach había mucho de altivez y un poco de familiaridad.

Volvió á ocuparse de su trabajo, que consistía en grabar un cuadro de Millet que tenía ante él.

Este era Jonás Grünbach, ilustre grabador, miembro del Instituto.

Tendría unos sesenta años, próximamente diez menos que su hermano, y se parecían tan poco, como el día á la noche.

El grabador era tan alto como bajo su hermano, delgado y delicado como Pilet Desbuttes, con quien tenía bastante parecido, los mismos ojos pequeños y vivos, la misma barba puntiaguda, las mejillas hundidas, la frente ancha, los brazos interminables y el cráneo sin pelo.

Los dos Grünbach, alsacianos de pura raza, muy conocidos entonces por su especialidad, sobre todo entre el mundo científico, porque el otro, el que se divierte, apenas les conocía, habían vivido siempre en París sin separarse jamás.

Unidos por una amistad que no debía desmentirse, ocupaban todo el último piso de la casa, y como aquella casa les pertenecía, la habían arreglado á su gusto. Nada de tabiques.

Podía uno pasearse de un extremo al otro

sin otros obstáculos que los soportes del armazón y los muebles y utensilios de que el taller estaba lleno.

Alrededor de los hermanos había infinidad de objetos. Hornillos, retortas, crisoles, cazuelas, útiles y aparatos cuyo destino era difícil indicar; pilas de libros, buriles de grabador, hilos ó planchas de acero y de cobre, estampas medio terminadas, y sobre una mesa, infinidad de frasquitos de todos colores, que contenían polvos, aceites, licores ó esencias, cuya clase estaba indicada en etiquetas que tenían pegadas.

Las paredes estaban llenas de grabados maravillosos y de un remate admirable.

Una estufa de grandes dimensiones, colocada en el centro de aquel local, esparcía un calor confortable.

La luz entraba por ventanas que había en el frente y por anchas claraboyas hechas con estudio para dar á ciertos sitios una luz excelente, á propósito para los trabajos más delicados.

Miguel Grünbach llevó á su visitante á alguna distancia de la estufa, quitó de una mecedora una porción de objetos que la ocupaban, la sacudió el polvo con un plumero y la ofreció al hombre del gabán de pieles, diciéndole:

—Y, bien, mi querido barón, me alegro mucho veros... ¿Pero cómo andais por esas calles tan de mañana, vos, que no tenéis necesidad de madrugar?

El barón Máximo Saint-Aubin, el amo y amigo de Jesús Piriac, el amante de la siempre hermosa Olimpia Andral, no contestó.

Se contentó con oprimir los labios, y la expresión de su cara fué bastante para que el químico le preguntase con un interés en el que se traslucía una verdadera amistad:

—¿Qué ocurre?

Y el grabador, levantando la cabeza, preguntó á su vez:

—Sí, sí. ¿Qué tenéis querido?

El barón, por toda respuesta, sacó del bolsillo una carta con el sello de correos de Londres, y entregándosela al químico, le dijo:

—Leed.

La carta no contenía más que estas palabras:

«Suspended pedido. Máquina ha estallado.»

—¿Lo que quiere decir?...—preguntó Miguel Grünbach.

—Que se sospecha...

—¡Ah!

—Que la policía vigila.

El químico frunció las cejas.

—Es decir, que están sobre la pista de esos insensatos que han comprometido la más segura de las especulaciones... ¿Es eso lo que creéis?

El barón contestó:

—Precisamente.

El grabador dejó sobre la mesa el buril y la lente, y con tono sarcástico exclamó:

—¡Estaba previsto! ¡Hace muchos días que lo dije! ¡Hubiera apostado ciento contra uno á que esos badulaques se harían prender!

El químico golpeaba el suelo con el pie, con despecho.

—¡Os está bien empleado—exclamó—porque no sabéis ni moderaros ni reflexionar!... ¡No

os contentáis con lo necesario!... ¡Necesitáis lo superfluo!... ¡Hubierais podido vivir como burgueses ricos!... ¡Habéis querido daros tono de príncipe!... ¡Eso es absurdo! En lugar de guardar para el día en que os vierais en un apuro, lo habéis arrojado por la ventana... ¡semilla perdida en el piso de los boulevares! En vuestra locura de prodigalidad ni aun os acordáis de la sentencia que dice: «Su ambición perderá á ese hombre». Tenéis hoteles, muebles raros, cuadros, bronce, bibelots, queridas, trenes, cocineros con gorros blancos, ayudas de cámara con frac negro, y lacayos con libreas de todos los colores... ¡Eso es loco!...

Se colocó delante del barón, y cruzándose de brazos, le preguntó:

—¿Tenemos nosotros nada de eso?

El grabador le contuvo con una sola palabra.

—¡Mig!

Diminutivo amistoso de Miguel.

La fisonomía del químico cambió de pronto.

Tomó una expresión de indecible bondad, y con tono templado, dijo:

—¿De modo que la policía sospecha?

—Es evidente; y preciso es que haya un verdadero peligro para que Savil y Count, que son ingleses flemáticos, se alarmen tanto.

Jonás Grünbach murmuró de nuevo:

—¡Tenía que suceder!

El barón objetó:

—¡Sin embargo, vos pretendíais!...

—¿Que no se las puede conocer?—interrumpió el químico.—Ciertamente. La imitación es perfecta, sorprendente, capaz de engañar al más acostumbrado á manejar los auténticos!...

La prueba es que desde hace años pagais vuestros caprichos, vuestros plácemes, vuestro lujo, con esos miserables papeles, y que os paseáis libremente, los unos en Londres, los otros en París, en vuestros coches, sin que os moleste, cuando debírais estar á la sombra, plantando tabaco, café ó cocoteros en Nueva Caledonia, arrastrando una cadena ó haciendo zapatillas en una casa central, lo que sería una desgracia, estoy conforme... La prueba es también, que si yo, Miguel Grünbach, fuese ahora mismo al Banco á cambiar un billete por oro, estaría tan tranquilo como si no cometiera una acción reprobada por el Código, y cuyo castigo está impreso en el mismo papel: «La ley castiga á los falsificadores...» El resto vos lo sabéis... ¡Pero vosotros no usais, abusais! No son cientos de miles de francos los que sacais de esa mina de oro, ¡son millones! No olvidéis que «¡Tanto va el cántaro á la fuente!...» ¡No teneis memoria! Olvidais todos los proverbios.

Y cambiando de tono, preguntó al barón.

—¿Tenéis al menos economías?... ¡No!... ¿Habéis vivido al día gastándolo todo?... ¿Sí?... ¡Pura locura!

Las palabras del alsaciano eran duras; sin embargo, miraba á su protegido con una especie de indulgencia paternal.

—Veamos—dijo,—no desesperemos... Después de todo, tal vez no se haya perdido nada... y así lo deseo vivamente... No he olvidado como empezó nuestra amistad. Os presté un triste servicio sin querer... Vos me habíais hecho uno mayor.

—¡Oh!

—Sí, en verdad... Os debo la vida.

—Pero...

—No digáis que no. Era en las inmediaciones de Montmartre...

—Calle de las Abadesas—precisó el grabador.

—Perfectamente... Soy muy distraído. No prestaba atención á nada de lo que pasaba á mi alrededor... Buscaba la solución de un problema que me traía á mal traer... Después la encontré... Se trataba de un freno automático adoptado después por casi todo el mundo... Un coche que llegaba á todo escape, guiado por un cochero borracho, iba á atropellarme... De pronto me cogieron, y sin saber cómo, me encontré en la acera frente á un joven... Ese joven eráis vos.

—Os levanté como una pluma... Con mucha oportunidad...

—¡Sin vos estaba perdido!

—¡Cuántas invenciones se hubieran perdido, querido maestro!

—Nada de adulación... ¿Tenéis algo que pedirme?

—Os debo ya demasiado.

—No me debéis nada—contestó el sabio con viveza.—¿Es menester repetiroslo?

—Sin embargo...

—No, no. ¡Me gusta fijar los hechos, sobre todo cuando presentan cierto peligro y ruge la tempestad!... Hé aquí lo que había ocurrido. El Banco de Francia menos modesto que sus rivales, sostenía que era imposible falsificar exactamente sus billetes... Yo sostuve lo contrario en una discusión que se hizo célebre y para corroborar mi afirmación, fabriqué por

mi mismo con la ayuda de Jonás un facsimil tan exacto que era imposible, al más experimentado en el manejo de esos papeles, distinguir, el verdadero del falso, ó, si queréis la copia del modelo. Cuando iba á someterlo al examen de árbitros, se me hizo observar que estaba expuesto á caer bajo la férula de la ley, y que si bien obtendría los honores del éxito en mi discusión también era posible que se me impusiera una multa y tal vez algunas semanas de prisión. Tengo en mucho mi libertad... No pasé adelante. El papel se había fabricado en una cacerola sobre ese hornillo. La plancha grabada estaba guardada en una caja en el estante donde están mis tratados de química moderna... Mis ensayos me habian puesto al mismo tiempo sobre las huellas de un descubrimiento que causaría una revolución en cierta industria: la fotografía de los colores... Había encontrado ya el azul, el gris, el violeta, el verde; es decir, todo lo que hace falta para la reproducción de la mayor parte de los billetes de Banco... Un día vinisteis aquí... El accidente de que hemos hablado nos habia puesto en buenas relaciones... Me agradaba vuestro carácter aventurero y atrevido... Aquí estabais en vuestra casa... Os dejé andar libremente por el taller, hojear mis libros y mis notas, leer mis papeles; en una palabra, examinar todo lo que podía interesaros. ¡Y mientras yo trabajaba en mis experimentos, me contabais vuestras ambiciones, vuestras miserias, vuestra desgraciada entrada en esa gran vida que yo aborrezco, el deseo de goces y de fortuna que os minaba como á tantos otros! Habiais devorado la pequeña herencia de vuestra madre, y reduci-

do á vuestro padre, que habia tenido la debilidad de pagar vuestras deudas, á la miseria.

El grabador interrumpió á su hermano:

—A propósito, barón—preguntó.—¿Qué ha sido del viejo? ¿Vive?

—Sí.

—¿Le habéis visto hace poco?

—No... no le he visto desde la primavera sapada.

—¿Siempre tan misántropo?

—Como siempre. Vive como un ermitaño y no me perdona...

—¿Le inquieta vuestra tenebrosa opulencia? Saint-Aubin se puso ligeramente colorado y dijo:

—Sí.

—¡Es un hombre á la antigua!—dijo Jonás Grünbach.—¡Le admiro!

—¡Un hombre de bien!—declaró el barón con los ojos fijos en el suelo.

El químico volvió á su idea.

—¡Ah! ¡Entonces teniais muchas y vanas esperanzas!—dijo.—El fuego del placer, todos los ardores de una juventud exuberante se reflejaban en vuestros ojos, en vuestras palabras, en vuestras aptitudes de luchador violento... ¡Sólo que no estabais dispuesto á luchar más que contra la ley y la sociedad.

El viejecito hizo un gesto de dulce ironía.

—Yo—dijo—creo que me sonreía oyéndoos exponer vuestros sueños con tanta fogosidad. Enriquecerse, volar á la conquista del vellocino de oro, que tantos quieren sin tener valor para conquistarlo... Para conseguirlo se necesita fuerza, ser hábil, intrigante, tener una gran inventiva y además ese supremo don de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA (N.º 1157)  
FEB 20 1917  
Fide. 20. 1157

Dios ó del diablo, la suerte, sin la que nada marcha bien... De pronto os volvisteis hacia mí, é indicándome la caja donde estaban mezcladas mis falsas riquezas, me dijisteis:

—¿Qué es eso?

—¿Qué?

—¿Esos valores?

—Ya lo veis... ¡Billetes de Banco!

—¡Y dejáis esa suma á disposición de cualquiera que venga!

—Nadie entra aquí, y yo no temo á los ladrones.

—Sin embargo, aquí hay con que hacerles caer en la tentación.

—¡Psths!

—¡Trescientos ó cuatrocientos mil francos lo menos!

—¡Es muy posible!

—¡Yo gozaba con vuestra sorpresa! ¡El oro ejerce tal influencia sobre vos, que estábais completamente pálido!... ¡Vuestros ojos se habían agrandado extraordinariamente; los teníais fijos en la caja... ¡Estábais inmóvil, lívido, fascinado ante aquellos papeles azules y color violeta!...

Al cabo de un instante me preguntasteis de nuevo:

—¿Tan rico sois?

—Bastante para lo que ambiciono.

—¿Habéis encontrado la piedra filosofal?

Miré á mi hermano y dije:

—¡La hemos encontrado, en efecto! ¿No es nuestro oficio buscarla?

Juzgué, sin duda, que la broma había durado bastante.

Os expliqué nuestra discusión con el Banco

de Francia, nuestro deseo de abatir su vanidad y de probarle hasta qué punto se equivocaba, al sostener que era imposible falsificar sus billetes y el resultado que habíamos obtenido.

Y en el calor de la explicación, exclamé:

—Os juro que si yo no fuese un hombre honrado, me serviría de estos billetes con la más perfecta seguridad. Lo que vende á la mayor parte de los falsificadores, es su miseria. Que una persona de la alta sociedad cambie nuestros billetes en el Banco ella misma ó que pague con ellos á sus empleados, nadie conservará la más mínima sospecha, nadie tendrá la menor desconfianza.

Me acordaré siempre del tono con que exclamásteis:

—¡Esa idea es un tesoro!

Mi hermano, que me escuchaba, preguntó:

—¿Querriais aprovecharos de ella?

—¡Ya lo creo! ¡Suponed un hombre sin un céntimo, que no teme á nada!... ¡Aquí hay un manantial inagotable de riquezas para un aventurero atrevido y sin escrúpulos.

Os veo todavía pasar la mano por la frente.

El sudor la invadía. Un acceso de fiebre se había apoderado de vos.

¡La avaricia os dominaba!

Teneis locos deseos de extender la mano hacia la caja y apoderaros de su contenido.

Y no os atrevíais, por respetos humanos, por un resto de orgullo, tal vez porque había testigos que os miraban.

Yo comprendía vuestro pensamiento como si hubiese podido leer en el fondo de vuestra alma.

Os decíais:

—Yo que estoy tan apurado, vacilando entre el suicidio y las vergüenzas de la ruina en este París lleno de tentaciones, encuentro una mina de oro y podría servirme de ella. Me llamo el barón Máximo Saint-Aubin y tengo todas las apariencias de la fortuna. Si yo echase uno de esos billetes falsos de mil francos sobre el tapete verde de una mesa de juego, ó se lo diese á mi sastre, al maestro de coches ó á cualquiera de mis proveedores. ¿Quién se atrevería á sospechar en esto un crimen, que á un pobre diablo le costaría la detención antes de salir de la tienda de un cambista?

Vuestros ojos brillaban, vuestros dientes se inscrutaban los unos en los otros.

¿Por qué no decirlo?

Yo desempeñaba á vuestro lado el papel de tentador.

Sí, este hallazgo era la piedra filosofal tan buscada por los alquimistas.

Ni mi hermano ni yo necesitábamos dinero.

Mis invenciones me han dado siempre cien veces más de lo que he necesitado. Mi famoso freno automático, un tesoro, nos ha asegurado él solo grandes rentas para mientras vivamos.

Somos propietarios de una casa cuya originalidad nos agrada.

No tenemos ni parientes ni amigos.

Jonás es el primer grabador de su época.

El Pactóleo que corriese á nuestros pies, no nos hubiese seducido.

Vos temblábais como la hoja movida por el viento.

La tentación os sacudía como un ciclón.

En verdad que me dabais lástima.

De pronto me ocurrió una idea.

A mí no me disgustaba la idea de probar á todos esos fabricantes de papel moneda que su arrogancia era vana y que existían en el mundo gentes tan hábiles como ellos.

Y os dije:

—Si os tienta la operación, hacedla, pero no en París, en otra parte. En Londres hay gentes llenas de osadía y prácticas, para quienes toda especulación provechosa es buena. ¡Tomad el tren é iros á allí!

Y os mostraba la caja, añadiendo:

—Todo eso es vuestro.

—¡Ah! no habéis sido torpes—dijo el viejecito,—el asunto ha sido bien dirigido. Esos Jonk-Bull de quienes os habéis valido, son excelentes filibusteros. La competencia ha marchado bien. Y ha durado años. Pero habéis ido demasiado de prisa. El dinero en vuestras manos se derrite como la cera. ¡Yo os veía perder y sabía que un día ú otro la avalancha de papel moneda que habíais puesto en circulación concluiría por hacer sospechar! Sois insaciables!

Fijó en el barón sus ojitos penetrantes como flechas y concluyó diciendo:

—¿De modo que la fiesta toca á su fin?

—¡Eso temo!

—¿Dudan?

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Sin embargo de vuestros socios, no se sospecha?

—Eso creo, pero se desconfía, se busca en Londres y en París... ¡Estoy prevenido!

—¿No encontrarán nada?...

—Es probable. Los billetes se fabrican allá en una cueva, entre dos paredes... El mismo Savil es el que los hace.

—¿Y qué va á hacer ahora?

—No lo sé.

—Suspender desde luego sus operaciones, es decir, cortar los víveres.

—Eso sería una desgracia horrible.

—Habéis sido muy imprudente... Debiérais haber hecho economías, haber pensado en el porvenir...

—¡Ah! ¡Ahora lo comprendo, pero es demasiado tarde!

—Es preciso buscar otra cosa, concluir con esa vida llena de azares, casaros... No faltan ricas herederas...

—Son más raras que vos suponéis, y después...

—Y después, ¿qué?—preguntó Jonás Grünbach con más curiosidad que interés.

El barón no contestó.

Pensaba en sus relaciones con Olimpia Andral, con la que no le era fácil romper.

Olimpia conocía su secreto.

—No sé... veré, buscaré—dijo por fin.

—¡Hubiérais podido ser rico!

—Mía es la culpa de no serlo! ¿Qué me aconsejais?

—Ver venir... esperar... La tempestad no hace más que amenazar... Tal vez se calme.

El barón estaba abatido; contestó como un eco:

—Tenéis razón...

Dió un paso hacia la puerta maquinalmente. El viejecito le llamó de nuevo, diciéndole:

—¡Ah! Ya sabeis, yo me labo las manos como Pilatos. Lo que pueda ocurrir no me interesa. Si Jonás ó yo hubiéramos incurrido en alguna falta, hace mucho tiempo que la ley nos hu-

biera puesto á la sombra... Si otros son perseguidos, condenados, yo podría aun proclamar con descaro que soy yo, Miguel Grünbach, quien por una invención original he suministrado á malhechores, á esos falsificadores el instrumento para sus robos. ¡Hace más de diez años! Yo había prometido una prueba á esos señores del Banco, y se la he suministrado y buena, irrefutable.

El alsaciano resplandecía de orgullo.

Repitió:

—¡Diez años! Podría haber robado trenes, incendiado una ciudad, asesinado á mi padre y vanagloriarme de esto en las narices del prefecto de policía y de sus agentes. ¡Qué buena cosa es la ley! ¡Hata la vista, amigo mio!

El grabador había vuelto á ocuparse de su trabajo.

El químico volvió á sus hornos y á sus retortas.

El barón, pensativo y taciturno, bajó lentamente la escalera.

Sus reflexiones eran amargas.

Después de quince años de prosperidad volvió á verse en los horribles apuros de su debut.

¿Qué hacer?

Los gastos de su casa eran muy grandes y no tenía en su cartera más que una media docena de billetes de mil francos.

¡Era preciso reflexionar!

Por el momento estaba imposibilitado de hacerlo. No estaba en disposición; estaba atontado.

En el momento en que ponía los piés en la acera y empuñaba la mano de la portezuela del cupé, lanzó un grito de sorpresa.